

Francisco Esteban Bara

Universidad de Barcelona

Posibles invitaciones para la formación ética de los maestros [Suggestions Concerning Teachers' Moral Education]

Abstract: La formación ética de los maestros es una necesidad ineludible. No es que se trate de seguir unas indicaciones que nos hablan de una formación universitaria adaptada al siglo XXI, tampoco es que el nuevo modelo educativo exija tal cosa. No se trata de nada de eso. De lo que se trata es de que nuestros maestros y maestras sean aquellos artistas de la educación que tanto necesitamos y deseamos. Este trabajo trata de recuperar esta necesidad y condición del ser del excelente maestro, y aporta algunas posibles vías de tratamiento para que los maestros demuestren altura ética, y por lo tanto, para que el encuentro educativo se convierta en algo que vale la pena ser vivido.

Palabras clave: ética, formación del profesorado, formación universitaria, espacio europeo de educación superior

Abstract: The ethical education of teachers is an inescapable necessity. It is not that we are trying to follow some directives regarding university education adapted to the 21st century, nor is it that the new educational model demands it. The point is that we need and want our teachers to become the artists of education. This paper aims to highlight this need as well as the criteria of teacher excellence. It also gives some suggestions regarding the training of prospective teachers, which might help them acquire moral virtue, so that their educational encounters could prove worthwhile.

Keywords: ethics, teacher training, university education, European Higher Education Area

1. Introducción

En el frontón que daba entrada a la Academia platónica había escrita una frase: “Que no entre aquí quien no sepa geometría”. Por lo visto, el gran discípulo de Sócrates tenía claro que para empezar a filosofar con ciertas garantías, antes había que conocer otras cosas, hoy diríamos disponer de conocimientos previos. Razonar, discurrir, meditar y cavilar no se puede llevar a cabo de cualquier manera, eso es, como Dios dé a entender a cada uno. No es esta una mera anécdota, sino el reflejo de un asunto que debería importar a nuestras actuales universidades. Sería interesante debatir sobre algo que cada vez más empieza a preocupar a no pocos profesores y también estudiantes, a saber: si todas las personas que acceden a la universidad están preparadas para ello. No me refiero a si han superado la selectividad o pruebas similares que demuestran que uno ha hecho suyo todo un elenco de conocimientos, o en el peor de los casos, que uno tiene una envidiable capacidad de memorización. Me refiero más bien a si uno quiere y desea emprender la aventura universitaria, si uno ansía vivir una suerte de transformación personal en el sentido más amplio y profundo del término.

Wilhelm von Humboldt, el padre de la universidad moderna y fuente de inspiración de gran parte de nuestras instituciones universitarias, consideró que las pruebas de acceso debían comprobar la madurez de la persona que se enfrentaba a ellas, valorar si el aspirante a la universidad ya no dependía de un profesor ni de una materia de estudio, sino de un espíritu aventurero que le impulsara a buscar la verdad, el bien y la belleza de las cosas que se le pusieran por delante. Aunque esa propuesta nunca vio la luz, y la máxima platónica anteriormente mencionada no se encuentra en el frontis de ninguna de nuestras universidades, no deberíamos dejar que pase demasiado tiempo para evaluar si todas las personas que acceden a la universidad quieren realmente convertirse en buscadores, si están

preparadas para aprovechar la universidad o si, por el contrario, están dispuestas a aprovecharse de ella.

Sin embargo, y a pesar de su relevancia, no es este nuestro asunto. Aquí se le ha dado la vuelta al eslogan de Platón, esta ponencia se titula: “que no salga de aquí quien no sepa geometría”. Eso es como decir, que no marche de aquí nadie que no esté universitariamente preparado, o que no se esfume ninguna persona que no demuestre ser un experto en la más importante y loable competencia que un estudiante puede adquirir en ese lugar que llamamos universidad: la competencia de ser y moverse como un universitario. Esta consideración es importante para muchas cuestiones, también para poner en marcha pedagogías como son el aprendizaje y servicio u otras similares. Esas maneras de concebir la formación universitaria, tan actuales y novedosas, parecen ser pertinentes para los tiempos en los que vivimos, pero no es menos cierto que corren el peligro de reflejar una incompleta interpretación de la formación universitaria. El objetivo de esta ponencia es doble: primero, presentar, ni que sea someramente, la ladeada situación en la que actualmente, y por lo menos a mi entender, se encuentra dicha formación; y segundo, se quieren señalar dos cuestiones que quizá podrían reconducir el actual desconcerto, especialmente cuando de lo que se habla es de la formación ético cívica, una formación típica y esencialmente universitaria.

2. Una situación descompensada

Se puede pensar bien o con criterio sobre prácticamente cualquier cosa. Cambia el objeto sobre el que se discurre, pero no la manera de proceder. ¿Y cómo es esa forma de acercarse a las cosas?, ¿cómo saber que se está pensando con criterio, que se está razonando correctamente y no de cualquier manera?

El criterio es, precisamente, el título de uno de esos magníficos libros que jamás se haya podido escribir. Jaime Balmes (1810-1848), conocido como el filósofo del sentido común y valorado por la profundidad de su pensamiento, dedica la primera consideración de ese texto a lo que

hemos llamado pensar bien, con criterio. Y cuando el gran teólogo y sabio se pregunta en qué consiste eso, responde: "o en conocer la verdad o en dirigir el entendimiento por el camino que conduce a ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí, alcanzamos la verdad" (Balmes, 1964).

Ciertamente, se piensa bien cuando se conoce la verdad de las cosas, cuando uno sabe como son las cosas en realidad. Por ejemplo, se piensa con criterio cuando se conoce la verdad de la hibernación de los osos, cuando se advierte la realidad de ese curioso y maravilloso proceso. No son animales a los que les encante dormir durante largas temporadas, eso no es verdad, no es esa la realidad. La escasez de alimentos en determinadas épocas del año demanda un ahorro de energía, y dormir a pierna suelta durante una larga temporada es una buena manera de conseguirlo. También se piensa bien cuando se entiende la realidad de la amistad, cuando se conoce su verdad. La amistad no es una estrategia para conseguir favores en momentos puntuales, no consiste en servirse de personas según convenga. La realidad demuestra que quien utiliza esa táctica tiene muy pocos amigos de los de verdad. La amistad es algo que se cultiva y cuida como un auténtico tesoro, esa es la verdad y la realidad de tan apreciada virtud.

Ahora bien, hay algo más que apunta Jaime Balmes, y que es de gran importancia. Poseer una verdad, algunas o muchas es síntoma de pensar con criterio, está claro, pero tal adquisición no es debida a la suerte o la casualidad, es más bien el resultado de un proceso por el que ha de pasar todo hijo de vecino, incluso las mentes más privilegiadas. Tal sugerencia, dicho sea de paso, debería inquietar a aquellos que se creen estar enterados de todo o casi todo sin haberse dedicado con esmero a enterarse de cómo funcionan las cosas. Quien haya encarado alguna vez el proceso de conocer la realidad de las cosas, quien en alguna ocasión se haya atrevido a pensar sabe que ha emprendido un camino apasionante, pero también asume que ha tenido que encarar un reto inquietante: abandonar el confort que produce de la ignorancia. Sí, plantarse ante algo y preguntarse ¿qué es esto en verdad?, cuestión con la que uno comienza a asumir tal reto, no es algo grato.

Llegados a este punto, vale la pena preguntarse cuál es la verdad de la formación universitaria, con qué criterios podemos identificarla y diferenciarla de otras formaciones o de posibles imitaciones. A poco que se piense, es fácil caer en la cuenta de que la cuestión no es fácil de responder. Y por ello, aunque solo sea por asumir la realidad ante la que estamos, es preferible alejarse de aquellas explicaciones que parecen tenerlo todo demasiado claro y bien atado pero que evidencian inseguridad, que en el fondo no hacen más que esquivar la complejidad del asunto. Es mejor acercarse a aquellas otras explicaciones que dan que pensar, que sugieren y dan pistas, que dejan dudas, que quizá no ponen a todo el mundo de acuerdo porque, precisamente, muestran la seguridad de que el problema se encara asumiendo su complejidad. De entre todas esas explicaciones que podríamos presentar y que conforman una auténtica filosofía de la formación universitaria, veamos algunas de ellas, las que, por lo menos a nuestro entender, son más clarificadoras. El gran filósofo de la Ilustración Immanuel Kant señala, en uno de sus escritos dedicados a la filosofía de la religión (Kant, 1999), que la universidad es una realidad que está envuelta en una tensión permanente, que está sometida a diferentes fuerzas que la atraen y la mantienen en un estado de tirantez, rigidez y presión. Y quizá lo más importante, advierte que esta manera de vivir que está determinada por su propia naturaleza, si es que se puede decir así, no es para nada perjudicial sino buena y saludable. Sí, la universidad, y por lo tanto la formación que allí acontece, está viva, briosa y respira con normalidad cuando, precisamente, mantiene esa tensión particular. En los años sesenta del siglo pasado se edita el libro *The Uses of the University*, uno de los trabajos más citados y mencionados cuando se trata el tema universitario con un poco de seriedad. Clark Kerr, su autor e insigne presidente de la modélica Universidad de California, se refiere, aunque de diferente manera, a esta misma cuestión. Justo en la primera frase del prefacio de dicho texto, se advierte que: "Universities in America are at a hinge of history: while connected with their past, they are swinging in another direction" (Kerr, 2001: 1). Esa visión está contextualizada en la realidad norteamericana de aquellos años, pero es difícil negar que su significado se extiende al resto de realidades y también de

épocas. La universidad, y la formación universitaria que en ella acontece, vive en una suerte de coyuntura, de tensión, decía Kant, que se asemeja a la que pueda vivir una bisagra: debe estar bien collada en dos superficies diferentes para acometer su función, para cumplir debidamente con su verdad.

Quizá fue el eminente filósofo y politólogo inglés Michael Oakeshott quien, a finales de los años noventa del siglo pasado, ilustrara de una manera lúcida y clara esta cuestión que estamos señalando. La formación universitaria debe responder a un mensaje, tirar desde uno de aquellos extremos kantianos o mantener con firmeza una de las partes de la bisagra de Kerr, y ese mensaje dice: "Allá fuera en las calles se está gestando algo nuevo que va a acabar con los silogismos y las fórmulas de las escuelas: adáptense o quíntense del camino" (Oakeshott, 2009: 154). La formación universitaria también debe actuar así cuando escucha otra cosa, cuando oye que se le dice: "allá fuera en las calles todo es un caos, por favor, ayúdenme a distinguir entre lo bueno y lo malo" (Oakeshott, 2009: 154).

El mensaje que habla de la adaptación a lo nuevo e indica que la formación universitaria que no cumpla con tal cometido debe echarse a un lado, es hartamente conocido. Esa adaptación es algo más que un mero acomodamiento, no se trata solo de habituarse a lo que se está cocinando allá fuera en las calles. La realidad es concebida como un nido de oportunidades, un lugar que debe ser conquistado por almas inquietas, por personas salerosas capaces de hurgar, indagar y remover para, sobre todo, encontrar utilidad y rendimiento, para sacar provecho de todo aquello que pudiera dar algún fruto. Hace más de 2.500 años, cuando aún no había universidades, la sofística griega levantó una liebre que todavía perseguimos afanosamente. El conocimiento, decía aquel movimiento, está al servicio de la utilidad, se calibra por el rendimiento que pueda proveer, es algo que debe garantizar eficiencia y eficacia.

Visto así, la formación universitaria que necesitamos es aquella que alimente y desarrolle el espíritu que demostraron tener los tripulantes de aquel majestuoso navío que aparece dibujado en el *Novum Organum* del filósofo británico Francis Bacon (2004). En esa embarcación que atraviesa

el Estrecho de Gibraltar entre los Pilares de Hércules y se adentra en el inmenso mar de lo desconocido con la bandera de la Ilustración izada en el mástil más alto, van personas que agrandaron el conocimiento, ensancharon las ciencias experimentales, la medicina y la física, desplegaron las matemáticas y el racionalismo, desarrollaron el derecho natural y ofrecieron nuevas ideas sociopolíticas. Allí podemos encontrar a Bacon, claro está, pero también a Boyle, Galileo, Descartes, Newton, Locke, Hobbes, Leibniz, Spinoza, Rousseau o Boerhaave entre otros ilustres e ilustrados navegantes, a personas que abandonaron la puerilidad mental, miraron de manera crítica y sarcástica lo que se llevaba diciendo y haciendo desde tiempos inmemoriales y tomaron una sabia decisión: pensar con atrevimiento sin el auxilio ni la protección de nadie, ¡*Sapere aude!* El propio Bacon decía que de nada sirve seguir caminando de la mano de Aristóteles. Y si la formación universitaria es eso, mantenerse en el regazo de ese pensador u otros similares, hay que salir de ella. Y, ¿cuántos teóricos del asunto, estudiantes, profesores o personas que miran de soslayo la formación universitaria de nuestros días no son herederos y portavoces de este pensamiento?, ¿cuántos de todos ellos no expresan más pronto que tarde el “para qué sirve esto” cuando la formación universitaria mueve un músculo? Sin duda muchos. Y, ¿no es lógico pensar de esta manera?, ¿no es razonable defender una formación que sea útil o de la que uno pueda sacar provecho de alguna manera? Pues claro que sí, todo lo dicho parece ser una contundente verdad y realidad de la formación universitaria. Sería ilógico negar todo lo dicho hasta el momento.

Vayamos ahora al mensaje que considera que en la realidad suele reinar el desorden y el desconcierto y que solicita auxilio para distinguir entre lo malo y lo bueno. Sobre el asunto de que la realidad muestra una cierta tendencia a la confusión cuando de lo que se habla es de ética, no hay demasiado que decir porque, efectivamente, así es. El día a día nos demuestra que las cosas no suelen ser fáciles, que demasiadas situaciones no se presentan de manera clara y meridiana, que hay multitud de resortes que a la mínima de cambio activan el desbarajuste, que el desacuerdo y el enfrentamiento con frecuencia ganan la partida a la concordia y la avenencia, o cosas parecidas. Hay algo de razón en aquello de que la realidad

es irracional, tal y como decía Hegel, y en aquello de que hay un infierno de los vivos que existe aquí, que habitamos cada día, y solemos construir cuando estamos juntos, tal y como señalaba Calvino. Y ese desorden ético es quizá el peor de los desbarajustes posibles. También hay algo de verdad en aquello que decía Cicerón, en que nada perturba tanto la vida humana como la ignorancia del bien y el mal. Sí, bastan cinco minutos en compañía de alguien que confunde lo uno con lo otro, o en medio de una comunidad que mezcla lo otro con lo uno, para darse cuenta que la vida puede ser un caos absoluto o una broma de mal gusto.

El saber diferenciar entre lo malo y lo bueno, entre lo execrable y lo admirable, entre lo feo y lo bello, entre lo nocivo y lo beneficioso o entre antagonismos similares, no es cualquier cosa. Ese saber permite alcanzar altura ética, llegar a ser mejor de lo que uno es, lograr una existencia lograda, cultivar una vida buena o como se le quiera llamar, y es un saber que, por supuesto, atañe a cualquier persona; pero más si cabe a individuos que están llamados a ejercer actividades de alta cualificación, ocupaciones que, de una manera o de otra, repercuten en muchas otras personas. A estos, de una manera especial, se les imagina como profesionales que saben identificar lo que está bien y reconocer lo que está mal, como individuos que garantizan cierta confianza y tranquilidad porque, tal y como reclama el mensaje, están preparados para poner orden ético en el patio social.

Al igual que sucedía con el mensaje anterior, tampoco aquí se está diciendo nada novedoso. La formación universitaria y la de esa persona que apuesta por lo bueno y se aleja de lo malo forman un binomio inseparable. Así lo demuestra la maravillosa historia de la universidad (Rüegg, 1994), lo proponen las apasionantes filosofías que escudriñan el significado y el sentido de la formación universitaria (Wyatt, 1990) e incluso lo sugiere el sentido común. Algo nos dice que el verdadero impacto de la formación universitaria tiene mucho que ver que ver con la calidad ética que puedan demostrar los graduados, y no tan solo con las habilidades técnicas o aptitudes profesionales que puedan llegar a dominar.

Ahora bien, ni Kant, ni Kerr, ni Oakeshott, y ni nadie que haya planteado la verdad y la realidad de la formación universitaria en términos

similares, dice que estemos ante una cuestión maniquea. Aquí no tenemos que elegir entre lo uno o lo otro pues, aunque diferentes, los extremos, hojas de bisagra o mensajes, son perfectamente compatibles. Es más, la maravillosa convivencia entre la adaptación y la orientación es, precisamente, el sello de una *universitas*, el nervio de una corporación de maestros y estudiantes que se dedica a buscar la verdad de las cosas. Los griegos, aun sin universidades, fueron un auténtico ejemplo de lo que aquí se está señalando. Nos enseñaron que no tiene porqué haber enemistad alguna entre el conocimiento útil, positivo y eficaz y el conocimiento especulativo, filosófico y ético, y por eso no se encuentra en aquella realidad una lista de filósofos y otra diferente de científicos, y por eso se entiende que Galeno afirmara que el buen médico, para ser un buen profesional, debe ser filósofo.

Que la convivencia sea posible, y sobre todo recomendable, no significa que se dé ni que se lleve a cabo de la mejor manera posible. Sin duda, no es este un asunto fácil, y la relación que hoy en día mantienen el discurso de la adaptación y el de la orientación no es, por lo menos a mi entender, la más adecuada. Eso provoca que la formación universitaria actual no atienda a toda su verdad y no considere su completa realidad; y que en consecuencia, esté adquiriendo una hechura particular, una curiosa carta de presentación.

Se podrían dar diversas situaciones respecto a esa compleja convivencia entre mensajes que se anunciaba en el punto anterior. Pudiera suceder que ambos mensajes hablaran idiomas diferentes, y consecuentemente, existieran problemas de comunicación, o no, que hablaran en la misma lengua pero faltara la intención y el ánimo de entenderse por uno u otro lado. Lo que aquí se defiende es que, entre todas las situaciones posibles, las anteriores u otras que se puedan plantear, actualmente estamos viviendo una en particular. Esta es: uno de los mensajes presentados ha ganado terreno y el otro se ha visto reducido. Ya veremos si las cosas cambian o si uno sigue expandiéndose y el otro empequeñeciéndose conforme pasan los años, aunque algo nos dice que es más probable que suceda lo segundo. Sea como sea, la actual circunstancia está generando una formación universitaria peculiar. El mensaje que ha agarrado las riendas de

la formación universitaria es el que señala que la verdad y la realidad de dicha formación consiste en la preparación para lo que se cuece allá fuera en las calles. El discurso que se ha erigido como la principal manera de interpretar dicha formación es el que señala que esta debe servir para que uno se presente presto y dispuesto ante la realidad, el que, en definitiva, dice que dicha formación debe ser útil, eficaz y eficiente para todo aquello que se le pueda demandar.

Ese discurso no solo domina la situación, lo curioso e interesante es que también se ha vuelto inconmensurable. Su magnitud es tal, que se le otorga potestad para explicarlo todo, lo que le corresponde y lo que le es ajeno. La formación adaptada a la realidad también trata de explicar que la formación universitaria consiste en aquello de discernir entre lo malo y lo bueno. Sí, suele decirse que hoy hay que formar universitarios que, por ejemplo, sean responsables y dialogantes. Y eso suele declararse porque, por lo visto y gracias a Dios, las organizaciones empresariales prefieren a un trabajador responsable que a un jeta de campeonato y a alguien que solucione las cosas hablando y no imponiendo su parecer. Sin embargo, lo suyo sería decirlo porque ambas cuestiones colaboran en ese saber discernir entre lo malo y lo bueno del que se hablaba en el apartado anterior, porque contribuyen en la cimentación de una vida buena, y no porque sean más rentables ni más necesarias hoy en día. Pudiera darse el caso, de hecho ocurre, que haya ocasiones en las que lo más provechoso sea ser un cara dura o un déspota, que lo más útil sea dejar la responsabilidad y el diálogo en el mismo cajón en el que se apilan los libros y apuntes universitarios. Ese abandono es más inverosímil que suceda cuando se asume que la formación universitaria sirve para orientar el mundo, cuando se piensa que el universitario es alguien que está llamado a poner orden ético en el desorden.

No se puede decir que el discurso dominante haya fulminado al otro. Por supuesto, de vez en cuando hace acto de presencia algún Pepito Grillo, de tanto en cuanto asoma la cabeza alguien que no comulga con lo establecido o se escucha una voz que dice no creer en la formación universitaria que se plantea y tiene a la mayoría convencida. Si, a veces aparece alguno que se niega a embarcarse en el navío de Bacon, alguno

que, quien sabe si es de carácter miedoso y prefiere lo malo conocido a lo bueno por conocer, si es que se trata de una personalidad apoltronada y vaga, o si es que tiene un talante rancio y carca. En muchos casos, efectivamente, es alguna de esas cosas o todas juntas, pero no en todos. No está de más leer con atención algunos de esos textos que se muestran críticos con el discurso dominante para caer en la cuenta de que “los otros”, si es que se les puede llamar así, no se quejan porque sí, sino porque atisban un serio problema: que al defenestrar el discurso de la orientación y la educación personal se pierde la esencia de la formación universitaria, se malbarata su *telos*, se llega incluso a hacer cosas que no son propias de una comunidad de buscadores de la verdad (Lewis, 2006; Collini, 2012; Delbanco, 2012; Hernández, Delgado-Gal y Pericay, 2013). “Una vida dedicada radical y auténticamente a la verdad no es posible en la universidad” (MacIntyre, 1992: 62). Eso escribía Nietzsche en 1879 en una carta que envió a su amigo Erwin Rhode antes de renunciar a su cátedra en la Universidad de Basilea, y de alguna manera representa lo que aquí se está señalando. No se sabe qué diría el gran filósofo alemán hoy, pero si eso es lo que pensaba por aquel entonces, nos lo podemos imaginar.

Volviendo al hilo de la cuestión, considerar que desde un discurso se puede explicar todo, para todos, de cualquier manera y en cualquier caso, es perder de vista la realidad y hasta el sentido común. Y lo que es peor, es forzar a la formación universitaria a ser lo que no es, a adoptar una posición incorrecta. Hermes no es tan de fiar como parece. Homero lo presenta también como el de astutos pensamientos, jefe de los sueños o guía nocturno. El reconocido profesor Alejandro Llano describe este tipo de situaciones con mucho acierto. Hoy en día, la verdad de la formación universitaria se ha dejado en manos de un único discurso y eso significa que “se transfiere a uno cualquiera que no es nadie en particular ni tampoco todos en general, sino un “uno” indeterminado y envolvente. Ese tal sujeto indeterminado, pero no por ello menos real, es el que impone sus decisiones y nos somete de manera inapelable (Llano, 2016: 12)”. ¡Yo no camino junto a ese alguien!, ¡a mí no me guía nadie, ni estoy representado por aquel conjunto de ideas compartidas!, ¡ni por asomo dejo que nadie ni nada hable por mí! Hay quien pueda afirmar tales cosas porque

considera que se ha liberado del modo de pensar más compartido y generalizado, porque cree que va contracorriente. En algunos casos quizá sea así, pero no en todos ni en la mayoría. Ser libre no es pensar lo que uno quiera sino saber responder acerca de lo que se piensa, y para ello, mal que sepa, se necesita el soporte de una manera de pensar, una red de ideas a la que agarrarse. Dicho de otra manera, ese uno que nos domina y conquista es lo suficientemente condescendiente como para hacernos creer que actuamos y vivimos en absoluta libertad.

Bien, pues es en este panorama del dominio de la adaptación y el ostracismo de la orientación donde se gesta lo que hemos venido a llamar la formación universitaria descompensada. No afirmamos que la actual formación universitaria no sea tal cosa. Nada de eso. Decimos más bien que no está completa ni entera, que viene desustanciada, o si se prefiere, que no mantiene la tensión kantiana que le da vida; que, siguiendo la metáfora Kerr, no ajusta bien porque una de las superficies de la bisagra no está bien collada; o que uno de aquellos mensajes de los que hablaba Oakeshott se está desatendiendo. Incluso se podría decir que es una formación universitaria pobre, no porque haya perdido riqueza, sino porque ha multiplicado sus deseos, muchos de los cuales, bien mirado, no debería anhelar.

3. Algunas observaciones para la formación ética de maestros

3.1. Aprender contenidos que quizá solo se aprenden en la universidad

Juan Solís Ruíz (1913–1990), Ministro de la dictadura franquista, defendía en las Cortes españolas un proyecto de ley para otorgar más horas escolares al deporte y quitárselas a las lenguas clásicas. En una parte de su discurso propuso a la audiencia una sugerente cuestión: ¿para qué sirve el Latín? Es de imaginar que el susodicho Ministro se había planteado esa misma pregunta más de una vez, y no había encontrado ninguna respuesta positiva. Lo que está claro es que Adolfo Muñoz, allí presente, (1915–1974) y quien fuera un eminente Catedrático de Filosofía, político

y Rector de la Universidad Complutense de Madrid, sí que tenía una provechosa y firme respuesta para tan cautivadora pregunta. Desde su silla alzó la voz y contestó al Ministro: "Por de pronto señor Ministro, para que a su señoría, que ha nacido en Cabra (municipio español de la provincia de Córdoba), le llamen egabrense y no otra cosa". No hace falta decir cómo se podría llamar a alguien nacido en Cabra si se desconoce su gentilicio latino. Saber Latín, por lo menos en este caso, evita que se utilicen palabras malsonantes y algún que otro disgusto.

La renuncia de la cultura, las ideas y producciones científicas y humanísticas, o como se le quiera llamar, que nos han permitido llegar hasta donde estamos, facilita el ganar tiempo para enseñar contenidos de hoy, actuales, prácticos y prestos para ser utilizados más pronto que tarde. La cuestión está en pensar si realmente se gana tiempo o no. Lo clásico también es actual y muy práctico, y no por cualquier razón, sino para interpretar y comprender muchas de las cuestiones que hoy nos interpelen. Conocer los fundamentos de cualquier asunto, subirse a los hombros de los gigantes del conocimiento, es algo más que estar informado, es primordial para discernir si lo que hoy se dice y se hace se sostiene o no, si los nuevos pasos que se van dando se acomodan a la naturaleza humana o si la pervierten y corroen. Nadie afirma que lo clásico sea lo acertado y que no hay nada más que hablar, lo que se afirma es que conocerlo es lo que permite seguirlo, mejorarlo, incluso negarlo, o todo eso al mismo tiempo, que de hecho es la mejor de las opciones posibles. La consecución de una vida razonada y sustanciosa, que es lo que la sociedad espera del quehacer universitario, y quizá una de las mejores maneras de servirla, necesita del auxilio de referentes de enjundia.

Adquirir cultura, como es lógico suponer, exige encaminarse hacia la sabiduría. Aquí no se trata de dominar las maneras de cómo se conocen y aprenden las cosas, sino de saber las cosas que vale la pena saber. Ello nos sitúa ante un asunto que tiene una importancia radical, y que debería ser tratado como se merece. Este asunto es el de la formación cultural de los profesores. A ello se han referido algunos autores de una manera incisiva. No estamos defendiendo que uno se tenga que empapar de libros clásicos y contemporáneos, sino que se empape de erudición, ilustración

y educación, aunque esto segundo pasa inevitablemente por lo primero. Mal que pese, no se pueden explicar cosas fascinantes sin disponer de cultura, sin estar dentro de ese pozo sin fondo que se ha ido llenando a lo largo de la historia, y en el que uno puede encontrar aquello que necesita para explicar lo que quiere explicar. En la cultura se pueden localizar ejemplos, metáforas, comparaciones, analogías, etc. ¿Qué historias podrá explicar un profesor, sea de la materia que sea, que ha leído la *Ilíada* y la *Odissea* de Homero, la *Utopía* de Tomás Moro, *La democracia en América* de Tocqueville, *Las aventuras de Tom Sawyer* de Mark Twain, *La montaña mágica* de Thomas Mann, o la poesía de Machado y Juan Ramón Jiménez?, ¿cuáles podrá explicar si también ha podido detenerse un largo rato ante la bóveda de la Capilla Sixtina de Miguel Ángel, *Las meninas* de Velázquez o *Los fusilamientos del 3 de Mayo* de Francisco de Goya?, ¿y si encima ha escuchado *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, de la Primera a la Novena sinfonía de Beethoven, la discografía entera de los Beatles, Johnny Cash *At Folsom Prison*, *Bad* de Michael Jackson o *My Way* de Frank Sinatra?, ¿y si ha visto obras teatrales como *El sueño de una noche de verano* de Shakespeare, *La Muerte de un viajante* de Arthur Miller, *Un hombre para la eternidad* de Robert Bolt, o *Doce hombres sin piedad* de Reginald Rose?, ¿y si ha visionado películas como *El gran dictador*, *Ciudadano Kane*, *Doctor Zhivago*, *Espartaco*, *Bailando con lobos* o *Matrix*?, ¿y si ha escuchado óperas como *El barbero de Sevilla* de Rossini, *La traviata* de Verdi, *Edipo rey* de Carl Orff o *Tristán e Isolda* de Wagner?

Con todo ello, uno está en disposición de mostrarse delante de los alumnos de una manera ciertamente especial y atractiva, como alguien que mantiene el equilibrio entre la sabiduría y la ignorancia, entre lo que conoce y lo que aún le queda por conocer. Así se han presentado a lo largo de la historia los grandes maestros que han dejado huella. Por supuesto, nada garantiza que los alumnos se conviertan en personas sabias o cultas, pero hay muchos números de que se sientan atraídos por una forma muy interesante de vivir, que dicho sea de paso es una de las más grandes manifestaciones de la humanidad, a saber: el deseo y la pasión por aprender lo mejor de lo mejor.

3.2. Vivir situaciones que quizá solo se viven en la universidad

La formación universitaria no es algo que esté a expensas de lo que se pueda decir sobre ella, que deba acometerse según convenga a unos u otros, o que incluso deba parecerse mucho a la realidad que hay fuera de la universidad. La formación universitaria es una vivencia, una auténtica experiencia de vida. El universitario, visto así, no es tanto el que se adapta y soluciona entuertos, sino el que demuestra que hay otras formas de vivir, de encarar la realidad, y por lo tanto, de pensar y hacer las cosas.

En ese sentido, la formación universitaria debería acontecer en una especie de *Petit Paradise*, debería ser el encadenamiento de una serie de encuentros performativos únicos. Sobra decir que la gran mayoría de aulas de nuestras universidades son espacios desangelados. Su paisaje está compuesto por un conjunto de sillas y mesas, un retroproyector y un ordenador, un encerado, a lo mejor una tarima, y quizá un corcho en el que se cuelgan anuncios varios. Además, son espacios por los que van desfilando docentes y estudiantes, lugares impersonales en los que difícilmente nadie se ve identificado. Algunos pensadores, como Wittgenstein, aducen que ética y estética son lo mismo. ¿Qué tipo de ética se gesta a través de la estética de nuestras aulas?, ¿por qué los docentes, por lo menos aquellos que se encargan de las asignaturas fundamentales en el sentido más profundo del término, no disponen de sus aulas y las visten de tal manera que éstas se conviertan en una experiencia ética? Un lienzo, un busto, una pequeña estantería con obras magistrales, un artilugio científico, etc., pueden convertir un aula en algo que los estudiantes pueden llevarse consigo para siempre.

Además, las aulas universitarias de hoy parecen haberse convertido en un conglomerado de valores, fines morales y/o concepciones del Bien. Sin duda, es bueno que así sea. El aula universitaria como cualquier otro espacio social y educativo, también es un espacio plural y diverso, y sobre todo, el docente de hoy debe ser respetuoso con todo ello. En este sentido, su liderazgo se enarbola en la bandera de la neutralidad, en una buena gestión de las situaciones, en el fomento del respeto y la evitación de conflictos. Ahora bien, visto así el aula se convierte en un lugar por el que pasan los grupos de estudiantes que, desde el punto de vista

humanístico, desaparecen tal y como aparecieron, o en el que, quizá, alguno se percata de que hay proyectos de vida diferentes al propio. Convertir el aula en un *Petit Paradise* implica apostar por los estudiantes, comprometerse con ellos, hecho que significa, por cierto, una excelente manera de respetarlos. El buen profesor no sabe a ciencia cierta cuál es el mejor proyecto de vida, y en ningún caso tratará de inculcar ninguno que se le antoje como bueno, pero sospecha que educar va más allá que liderar o guiar. El buen profesor se atreve a presentar aquellas maneras de vivir universitariamente que merecen la pena ser vividas, y también aquellas otras que de las que lo mejor que se puede hacer es huir. Entre ellas se encuentra, por ejemplo, el amor por el conocimiento, por lo mejor de lo que se ha dicho. La defensa de esta forma de vida tan típicamente universitaria, por un lado, no debería ofender a nadie, por lo menos a nadie que piense que la universidad es algo más que una expendeduría de títulos, y por otro lado, su manifestación no debería provocar incomodidades ni temores.

Las aulas universitarias de hoy, como otros muchos espacios sociales y educativos, parecen ser un lugar idóneo en el que sacar a relucir los mandatos privados o las elecciones personales, un lugar de concentración de “*preferidores racionales*”. Para algunos está bien que así sea, pues refleja que se ha alcanzado un ambiente de comodidad que estaba vetado hasta hace pocos años, cuando en el aula se debía acatar y respetar el clásico *magister dixit*. Docentes y estudiantes organizan el aula buscando el bienestar general, o reduciendo los momentos que pudieran ocasionar algún tipo de fastidio. El docente líder, en comunión con los estudiantes, acuerda la cantidad de trabajo a realizar, las páginas web a consultar, las diversas formas de evaluación de los aprendizajes, incluso la hora de entrada y salida del aula, y por qué no decirlo, los usos del *WhatsApp* en momentos de clase. Su liderazgo consiste en romper con un pasado farragoso que no casa con las nuevas formas de ser y estar. Ahora bien, el aula que se organiza de tal manera que conduce a la excelencia personal y profesional, es el aula que se rige por unos principios y normas que, aunque no se compartan o comprendan, merece la pena practicar. Nos referimos a todos aquellos hábitos morales mediante los cuales

no sólo se consiguen bienes externos, sino y sobre todo, internos. El buen profesor, aun a riesgo de perder su liderazgo ante determinados estudiantes o de salir mal en la foto de la evaluación docente, trata de convertir en aula en un espacio donde rebosa la elegancia, eso es, en un lugar de convivencia organizada que admite muchas formas de estar, pero no de todas las posibles.

Sin duda, se podrían presentar otras interesantes observaciones que contribuyeran en una formación universitaria que garantizase que los futuros maestros se presentaran en la realidad con algo más que con las ganas de querer ayudar y aprender, es decir, con un conocimiento típicamente universitario y una manera universitaria de vivir.

Bibliografía

- Bacon, F. (2004). *Novum Organum*. Buenos Aires: Editorial Losada
- Balmes, J. (1964). *El Criterio* [The Criterion]. Madrid: Espasa Calpe.
- Collini, S. (2012). *What are universities for?* London: Penguin Group;
- Delbanco, A. (2012). *College, What it was, is, and should be*. New Jersey: Princeton University Press;
- Hernández, J., Delgado-Gal, A. y Pericay, X. (2013). (Eds). *La universidad cercada. Testimonios de un naufragio* [The enclosed university. Testimonies of a shipwreck]. Barcelona: Anagrama.
- Kant, I. (1999). *La contienda entre las facultades de filosofía y teología* [The battle between the faculties of philosophy and theology]. Madrid: Trotta.
- Kerr, C. (2001). *The uses of the University*. Cambridge: Harvard University Press.
- Lewis, H. R. (2006). *Excellence without a Soul*. New York: PublicAffairs.
- Llano, A. (2016). *Otro modo de pensar* [Another way of thinking]. Pamplona: EUNSA.
- MacIntyre, A. (1992) *Tres versiones rivales de la ética* [Three rival versions of ethics]. Madrid: Ediciones Rialp.
- Oakeshott, M. (2009). *La voz del aprendizaje liberal* [The voice of liberal learning]. Buenos Aires: Katz Editores.
- Rüegg, W. (1994). (Ed.). *Historia de la Universidad en Europa. Las universidades en la Edad Media* [History of the University in Europe. Universities in the Middle Ages]. Bilbao: Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Wyatt, J. (1990). *Commitment to Higher Education. Seven West European Thinkers on the Essence of the University. Max Horkeimer, Karl Jaspers, F.R. Leavis, John Herry Newman, José Ortega y Gasset, Paul Tillich, Miguel de Unamuno*. Buckingham: SHRE and Open University Press.

Información sobre el autor:

Francisco Esteban Bara es profesor del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Barcelona. Sus líneas de investigación se centran en la educación en valores y en la formación ética en la universidad, sobre las que tiene diversas publicaciones en revistas de impacto. En el año 2002 fue premiado por la plataforma Oscense del Voluntariado-UNICEF por el ensayo:

Excelentes profesionales y comprometidos ciudadanos: un cambio de mirada desde la universidad. Sus últimas publicaciones son: "Ética del Profesorado" (2018) en la editorial Herder y "Quo Vadis, universidad?" (2016) en la editorial EdiUOC.

E-mail: franciscoesteban@ub.edu